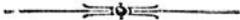


NUESTRO SUELO

---

# CRUCES



CUANDO al caminar por nuestras carreteras he visto en sus orillas viejas cruces de carcomida piedra ó de roñoso hierro que ostentan un epitafio, la mayor parte de las veces ininteligible, me he parado á pensar sobre la causa que pudo mover á la mano amiga que plantó la cruz, á hacer que por mucho tiempo quedara señalado el lugar donde un hombre terminó de vivir. Rodó un cuerpo asesinado por impulsos de un corazón salvaje y un sér compasivo colocó una cruz; falleció un hombre por voluntad propia, harto ya de vivir, y otro hombre llevado por sus instintos de amor, plantó la cruz. No hay duda: los vivos pusieron las cruces por espíritu cristiano.

Pero detengámonos ante una de esas cruces y seamos sinceros. Á nosotros, que no conocimos á ese desgraciado, cuyo nombre nos indica, ¿qué nos dice la cruz? Si nos pide una oración, la cruz es inútil, porque nadie la ofrece. Si sólo nos pide para el muerto un mundano recuerdo, es inútil también, porque ningún cariño puede inspirarnos el nombre de una persona á quien no conocemos, y muerta, muchas veces, en riña inhumana ó por suicidio vil.

En cambio, ¡á cuántas vejaciones se expone al signo de redención! El respetuoso amor que nos inspira la cruz dignificada, va desapareciendo al verla prodigar en esta forma.

En un pueblecillo de Guipúzcoa, ante un hermoso balneario, extiéndose, á un lado de la carretera, bajo un viaducto soberbio, un prado cubierto de flores que sirve de lugar de recreo á los numerosos veraneantes que visitan el pueblo. En el prado, álzase de entre la verde

hierba tres ó cuatro cruces, testigos de desgracias, que convierten en cementerio el poético lugar. Pues bien; seguro estoy de que nunca un forastero ni ninguno del pueblo movió sus labios para murmurar una sencilla oración ante la cruz, ni jamás se molestó nadie en descubrirse ante ella, ni servirán en la vida aquellas cruces para arrancar de nuestros corazones otro sentimiento que el de mera curiosidad, la vez primera que las vemos. Aquellas cruces, y lo mismo sucede con todas las análogas, en nada benefician al muerto; son allá inútiles.

En cambio, las veréis á veces sostener en sus brazos prendas que estorban al que corre á trabajar en sus inmediaciones: las veréis un día medio caídas porque una mano despreocupada arrancó el plomo que unía la cruz de hierro al pedestal de piedra; ó contemplaréis cómo un inconsciente animal hace esfuerzo por derribarla al tirar de la cuerda con que su dueño le ató para que no huyera.

Siendo, pues, inútiles esas cruces que tanto abundan en los sitios públicos y que sólo indican crímenes y desgracias, debe evitarse que seancolocadas.

Brillen en nuestras iglesias las cruces de oro que el pueblo católico ofrece á su Dios; eleven al cielo sus humildes brazos las cruces sencillas que en lo alto de nuestras ermitas se yerguen como constante homenaje que ofrecernos á Jaungoikoa. Pero no las exponamos á la indiferencia con que en ciertos lugares se las ve, porque si nos acostumbramos á mirarlas sin cariño en los bordes de las carreteras donde ningún sentimiento piadoso nos inspiran, sin amor veremos luego las que el pueblo católico en nuestras iglesias ofrece á su Dios, y las que, como constante homenaje que ofrecemos al cielo, se yerguen en lo alto de las ermitas que coronan nuestras montañas.

GREGORIO DE MÚGICA.

